

sus lectores con los doscientos muertos colombianos de "la degollina" en el Magdalena. Es el tono afligente y compungido pero estricto de un hombre al cual aterra, antes que nada, el conformismo premonitorio con una situación que puede llevarse por delante cualquier asomo de vida civilizada y de preservación de valores intelectuales y morales. Escribe Sanín en aquel aparentemente remoto 1928:

La muerte cruel, el sacrificio inútil de doscientas vidas y los sufrimientos de un doble número de heridos y mutilados toparon con la indiferencia general y con el aplauso de algunas fieras humanas. No pensaron los indiferentes ni los regocijados en que se trataba de colombianos: la patria no es para ellos una comunidad de ideas y sentimientos, sino un conglomerado incoloro de seres humanos, divididos en dos castas una de las cuales existe para ser explotada irresponsablemente por la otra (t. I, vol. I, pág. 394).



Ante tal horror, volvía siempre al manantial vivificante de los libros y las ideas. Antológicos en tal sentido son sus obituarios, como el que dedicó a Lytton Strachey, el gran biógrafo inglés de las reinas Isabel y Victoria, o sus comentarios sobre Somerset Maughman. Pero su devoción por el dominio anglosajón no descuidaba la parcela colombiana: sus notas sobre José Asunción Silva, Jorge Isaacs, Eduardo Castillo,

León de Greiff, Germán Arciniegas o Fernando González corroboran las singulares dotes analíticas de quien fundó la moderna crítica literaria en Colombia y la ejerció con la mesura comprensiva y la capacidad de asociación y contraste, a nivel universal, que garantizan su permanencia tantos años después.



Los cuatro volúmenes preparados por Otto Morales Benítez y editados por la Universidad Externado de Colombia nos muestran, en definitiva, un Sanín Cano más agudo y polémico, más felizmente insertado en su tiempo, y más capaz de defender con las armas de la razón y el filo de sus argumentos inteligentes, el necesario espacio de reflexión en medio de una Colombia incipiente que él recorrió, viajero contumaz, palmo a palmo y hasta el final de sus días, proponiendo la asombrosa virtud de la tolerancia, sin por ello reblandecer el temple de sus principios entre compatriotas, entre quienes llegó a disfrutar incluso de "las voluptuosidades de la impopularidad".

Sufrió al vivir un tiempo en el que muchos exaltaban a Hitler, Mussolini y Franco y quemaban los libros de sus amados Thomas Mann y Stefan Zweig. Pero siempre propugnó por una vida más justa y equilibrada al intentar con sus trabajos una intercomunicación americana y al ser, en definitiva, un humanista con visión mundial. Su insaciable curiosidad mental no sólo iba hasta la Italia de Primo Levi, o la Dinamarca de Georg Brandes, sino que traía todos esos frutos a una Colom-

bia que los requería con impaciencia. Este radical de Rionegro hizo de la lectura y la escritura, por primera vez en este siglo, aquel espacio propicio en el cual podemos confrontarnos sin pagar tan alto peaje a los turbios ídolos de la sangre, el nacionalismo, el dogmatismo y la sinrazón asesina. Pensó en el lenguaje y así le dio su peso exacto a cada palabra. Por ello, releer a Sanín Cano es volvernos un poco más humanos. Más fervorosos y más desencantados.

JUAN GUSTAVO COBO
BORDA

Entre el arte y el trabajo manual

Artesanías de la palabra

Blanca Inés Gómez Buendía
y Luis Carlos Henao de Brigard
(compiladores)
Editorial Panamericana, Bogotá,
2003, 335 págs.

Reunir en un solo volumen la experiencia de quince escritores, es una tarea bastante difícil. Pese al esfuerzo de los dos autores, su ejercicio se aproxima más a la recopilación que a la compilación, pues la selección realizada a manera de antología carece de un criterio de ordenamiento y de selección. En el prólogo (presentación) no se explica el criterio que los dos compiladores tuvieron para escoger a una mayoría de creadores vinculados a la Universidad Javeriana, nueve en total, casi todos jóvenes catedráticos, poetas y narradores. Creo que es una forma de destacar su labor, alternándolos con otras voces de reconocida y larga trayectoria (Germán Espinosa, R. H. Moreno Durán, Henry Luque Muñoz, Óscar Collazos, por ejemplo). Recordemos que tanto Blanca Inés Gómez como Luis Carlos Henao son docentes de dicha universidad, de quienes esperábamos un prólogo o unas notas preliminares más profun-

das y esclarecedoras de la diversidad y heterogeneidad que tiene el libro *Artesanías de la palabra*. Sólo manifiestan que “poco sabe el lector acerca de los avatares de la creación literaria. Le son familiares conceptos como inspiración, talento, creatividad a la hora de hablar sobre los requisitos que se consideran necesarios para escribir, de ahí la distancia que se establece entre los simples y mortales lectores y los aparentemente privilegiados creadores. Poco sabe el lector, entonces, de lo que hay detrás de la escritura de un poema, de un cuento, de una novela”.

Más allá de este presunto menosprecio al lector, el volumen presenta una interesante travesía por autores y obras, tanto en su primera parte, titulada “Ensayos en torno al oficio del escritor”, y la segunda, llamada “Antología literaria”, la cual tiene por objeto confrontar la reflexión, los argumentos con los resultados o frutos (obras), donde seguramente, tal como lo dice Germán Espinosa, “si cotejáramos la apasionada prédica con la práctica de cada autor, no tardaríamos en encontrar alarmantes discordias [...] Tampoco, pues, en literatura bastan las buenas intenciones”.



La primera parte es la más afortunada, ya que los escritores se arman de teorías, experiencias y vivencias, maduras e interiorizadas en algunos, en otros demasiado conceptuales, abstractas. Veamos. “Pidiéndole peras al olmo”, el artículo de Azriel Bibliowicz, recuerda que “el objetivo de todo escritor, ya sea pro-

sista o poeta, es encontrar la poesía que subyace detrás de las palabras y los hechos”. La lucha es por hallar la palabra precisa y la música; se debe relatar con pasión y frescura, incluso, dejando un jirón de sangre, tal vez porque la escritura nos confronta con la conciencia de la muerte, nos dice el autor de *El rumor del astracán*. Testimonio franco el de Bibliowicz, al dejar claro que escribir es un oficio arriesgado y fascinante, una aventura colmada de afanes, de aprecio al lenguaje, al compromiso con la historia, a la calidad producto de la lectura y la reescritura paciente.

“¿Qué hace un escritor en una sociedad acosada por una realidad devastadora?, es el título del texto correspondiente a Roberto Burgos Cantor y que parte de una interrogación con antecedente histórico. Relata Burgos cómo el lenguaje se constituyó en un reto de ruptura. Por un lado, el rechazo a ese lenguaje vetusto, de reminiscencia hispánica, “de solemnidad rígida, que venía de una vieja imposición, ejercida en nombre del buen decir y las buenas costumbres”. Por el otro, y tal vez como respuesta al anterior anacronismo de museo, la recurrencia a las fuentes orales, de la cual se hizo una transcripción mecánica. De ese vacío, de la carencia resultante, surgió una voluntad de “tallar el lenguaje, y de fundar las palabras como un emblema, que al ser apropiado por quienes fuimos víctimas del despojo, se pudiera incorporar a este mundo con el poder originario de las palabras sepultadas...”.

Por su parte, el escritor Jorge Cadavid nos entrega un original breviario, sintéticos pero hondos pensamientos que componen “Memoria del logos (paradojas del texto escrito)”, donde no existe la confesión personal y, por lo tanto, es menester intuir luego sus avatares frente al oficio. Como su título lo indica, este conjunto de reflexiones formulan conceptos aparentemente contradictorios pero distintos de las opiniones comunes que se tienen por verdaderas. Cadavid juega lúcidamente con los opuestos, al decir, por ejem-

plo: “La poesía no busca lectores sino relectores y, a menudo, cuando éstos no existen, se ve en la obligación de inventarlos”. Nos habla en su transcurso de la voluntad del silencio, de la “alquimia somática”, la visión epifánica, la metamorfosis del texto, la metáfora, la indecibilidad de la palabra, la nada como esencia del arte poético.



De distinta raigambre es la conferencia “El oficio del escritor” de Óscar Collazos. Allí revela su experiencia personal, sus dificultades y aciertos en el oficio de la escritura, de la mano de una sencillez estupenda, muy útil para quienes inician el trajín de la literatura artística: “Escribir empieza por ser una actividad incierta pero más incierto es el inmediato futuro, que empieza por la supervivencia y sigue por la necesidad de hallar un poco de tiempo libre”. Collazos recuerda todos los elementos que componen el sacrificio de la escritura, las azarosas dificultades del iniciado, entre ellas el desafío del entorno, los desvelos, el abstracto de sus proyectos literarios, la fe cambiante, la ansiedad. “El hallazgo de un estilo o un acento propio suele ser un primer escollo”, afirma Collazos. Otro puede ser el ánimo irresponsable de la experimentación formal (eludiendo su más significativa experiencia personal) o la desmedida carrera por alcanzar la fama sin detenerse lo suficiente para fortalecer la creación.

Uno de los mejores ensayos del libro *Artesanías de la palabra* es “El ocioso trabajo de escribir”, cuyo au-

tor es Germán Espinosa. Comienza por formular una contundente aclaración sobre la literatura: "... como todas las disciplinas artísticas, queda para personas no muy seguras de su justificación en el universo; para hombres, en fin, cuya incertidumbre es tal que los hunde en los precipicios de la vana especulación y de la fantasía". Un escepticismo atraviesa todo este escrito, dado que la experiencia del autor lo lleva a descreer de la utilidad de la teoría, de todo evangelio o código, tal como lo enuncia con firmeza. Procura no contestar la pregunta acerca de los motivos que lo inducen a escribir, tal vez con el fin de no caer en las respuestas ingeniosas, humorísticas o desconcertantes de sus colegas escritores. Sólo le basta argumentar, de manera muy franca y madura, que sus preocupaciones básicas se refieren a impresiones de la niñez, donde se pueden descubrir los objetos erosionados por el tiempo, así esta búsqueda esté impregnada por la historia y la imaginación. Bien sabe el autor de *Los cortejos del diablo* que "toda literatura exige un florecimiento de la fantasía [...] así se ocupe en narrar, celebrar o lamentar hechos de la vida real, o en permutar sucesos auténticos en parábolas".



Al extremo opuesto hallamos "Procesos creativos desvelados para escritores incipientes", un modestísimo artículo de Jaime García Saucedo, el cual naufraga en medio de los interesantes escritos del presente libro.

Es conocida la disciplinada y rigurosa manera de asumir el ensayo

de Luz Mary Giraldo. Su texto lo inaugura un fragmento de un poema de Ida Vitale, donde la palabra surge de la oscuridad. "Crear es leer para los otros dándole voz a este mundo que espera ser leído con la escritura", manifiesta la autora. A continuación hace un recorrido por las diversas posturas de la creación, la escritura como dedicación, vocación, necesidad, oficio, reafirmada a través de la estructuración del texto y el ejercicio de la lectura, en su diálogo perpetuo, subrayando que "cualquiera que sea la literatura, ella es una forma de conocimiento que se transmite en el acto recíproco de escritura o de lectura". Lástima que dicho texto sea confeccionado en tercera persona, alejándonos de la posibilidad de conocer su particular visión, su confesión, su posición personal, su conocimiento también a través de la práctica. Algunos participantes de esta compilación olvidan, amparándose en teorías y citas muy frecuentes, que el propósito del libro es revelar la experiencia interiorizada, sus vivencias singulares.

Igual caso es el que concierne a Julio César Goyes Narváez y sus "Tres derivas a la poesía", lugar donde reitera su creencia, su parecer frente a la creación poética. La primera deriva, llamada "poiesis", es la definición del hecho poético, una conceptualización ideal en la que estamos de acuerdo: "Poesía es un crear permanentemente que es a la vez crearse, dispositivo del arte total, que teje las imágenes de la realidad convirtiéndolas en algo inédito, en permanencia de la infancia en nosotros, en instantes fuera del tiempo". De acuerdo hasta ahí. Pero luego asoma la segunda "deriva", titulada "Poesía y oralidad", relación que siempre ha ocupado a Goyes y que, sin embargo, no ha podido aclarar con suficiencia. Para el autor la transcripción lineal del hecho oral es ya un acto poético, olvidando que la literatura artística necesita otro tratamiento y otro sentido desde su génesis. Eterno conflicto que dicho escritor no ha podido resolver. Por último, "La poesía como ironía y extraña ternura" ratifica el primer

apartado, pues sigue definiendo la poesía, intentando anteponer a toda costa lo culto y lo oral, la cultura popular y la academia, la lengua y el arte. Polémico artículo.



De otro modo distinto, el escritor Henry Luque Muñoz elabora "El taller del silencio, una poética de la escritura", suma de la experiencia vital, posible por haber trasegado por distintos senderos de la creación, de la meditación y del magisterio de la palabra. Luque afirma que "la escritura constituye una forma de reconstrucción utópica. Podemos entender la creación literaria como un fracaso, en la medida que evade críticamente la servidumbre impuesta por las instituciones [...] Hacer poesía no es sólo escribir. Es, también, una manera de comportarse ante el mundo". Nos habla del misterio tras el nacimiento de la poesía, las relaciones entre amor y literatura, del arte como lo opuesto a la violencia, el acto de viajar como el peregrinaje que inaugura el mundo y los secretos de la construcción de un universo poético.

Enseguida, el libro *Artesanías de la palabra* nos presenta dos breves textos de R. H. Moreno Durán: "Sobre la jubilosa aventura de narrar" y "La prosa ante el espejo". Son dos textos complementarios. Allí da cuenta de algo muy suyo: la disposición hacia la ironía como una instancia de libertad y a la vez un arma contra la solemnidad. Moreno Durán asevera que decir ironía "es tanto como decir juego y, en el caso específico de la literatura, todo jue-

go involucra la triple conspiración de autor, texto y personajes". El placer de la ironía, digámoslo así, placer que va unido a la lectura, al sueño de hallar un lector ideal, la comunión y la participación que conlleva el ejercicio de la escritura, "espejo cuya luna me devuelve el rostro de mis obsesiones; página que día a día se torna voluntad de estilo...".

"La profecía de Flaubert" es un extenso ensayo de Rodrigo Parra Sandoval, una reflexión acerca de las relaciones entre la novela y la ciencia, y un paralelo muy personal entre Julio Verne y Gustave Flaubert. Luego va a justificar una tendencia de la novela colombiana reciente como una respuesta ante la desintegración de los valores en la modernidad. Me refiero a la narración que se opone estilística y filosóficamente a la forma tradicional de escritura. Tal tendencia, según Parra Sandoval, "postula que la incertidumbre del presente, la pérdida de centro y de totalidad, la fragmentación de la vida, la aceleración de la velocidad del tiempo social, el caos del ser, son desafíos que es necesario narrar con nuevas herramientas literarias, con nuevas arquitecturas novelescas, con lenguajes que se revitalicen bebiendo en las múltiples maneras de hablar del hombre contemporáneo". El autor describe algunos componentes de tal tendencia donde él mismo milita, utilizando la caracterización de la ciencia del caos: la desintegración del yo, la complejidad, el desorden, el tiempo social y el lenguaje.

Lina María Pérez redacta un sencillo texto que titula "Lo raro es escribir", una especie de relato sincero acerca de sus comienzos y de sus primeros logros. Destaco su frescura, su espontaneidad en el decir. Allí, por ejemplo, manifiesta: "El paso a la escritura fue un lento acto mezcla de curiosidad y de un secreto complejo de inferioridad ante la capacidad de los escritores para robarse, manipular, deformar, y reinventar la realidad a sus antojos".

De idéntico talante es "El trabajo artístico en literatura" del profesor Augusto Pinilla, miembro de la Ge-

neración sin Nombre, en cuyo interior también pudieron compartir con autores de la dimensión de Fernando Charry Lara, Héctor Rojas Herazo, Rogelio Echavarría, Hernando Valencia Goelkel, Fernando Arbeláez, los sobrevivientes de Mito. "Entre todos, la conversación con Rojas Herazo me resultó siempre la más eficaz provocación a la actividad artística", nos confiesa el autor.



A continuación un profuso ensayo de Jaime Alejandro Rodríguez, acerca de los avatares de la escritura y su relación con los computadores, titulada "Testimonio de una experiencia posmoderna". En el primer punto describe la conexión entre modernidad y posmodernidad, valiéndose del caso de los computadores, cuando en su desarrollo pasó de una cultura del cálculo a una cultura de la simulación. El segundo punto es dedicado a la creación literaria personal, luego a la supuesta muerte de la literatura (de su tradición y sentido) y finalmente a la propuesta de la convergencia de un nuevo humanismo con la tecnología.

El último de los ensayos es "El salto de la escritura" de Juan Manuel Silva, el cual a su vez se divide en tres partes: "El contexto de la escritura", reflexión alrededor de la subjetividad y la objetividad del acto literario; "Obstáculos para hacer literatura", una sumatoria de dilemas y retos que enfrenta la creatividad; y "La actualidad de la propia experiencia", los indicios del enfrentamiento del escritor con la realidad social y los de su propio arte.

La segunda parte del libro la compone una antología literaria, la cual sirve de contraste entre la teoría expuesta al inicio y la obra de cada autor. Comparación afortunada para la mayoría de escritores, salvo las páginas firmadas por Jaime García Sucedo, Luz Mary Giraldo y Julio César Goyes, quienes, a pesar de sus cualidades docentes, pedagógicas y conceptuales, no logran construir una literatura artística de acuerdo con el bagaje que contienen sus textos discursivos. Un asunto es la teoría y otro es el ejercicio del arte, y estos dos elementos en manos de ciertos escritores se encuentran divorciados.

GABRIEL ARTURO CASTRO



¿América, hacia dónde?

América mestiza

William Ospina

Aguilar, Bogotá, 2004, 241 págs.

América mestiza es, ante todo, un manifiesto poético. William Ospina escribe regularmente sobre lo mismo y para los mismos: columnas, ensayos y artículos sobre identidad cultural, indigenismo, sociología, antropología, literatura —especialmente sobre Pablo Neruda; Ospina es todo un "nerudito"—, algunas retahílas de corte político, y toda suerte de prólogos amañados para la gran cantidad de amigos que tiene, o más bien para aquellos que, como buenos oportunistas, lo ven como el gancho editorial más adecuado para sus desafortunados experimentos literarios. Ospina aquí y allá. Después de todo, qué mejor que una "vaca sagrada" para vender un poco más o agenciarse favores cuando es poco lo que se tiene para merecerlos. Cabría, eso sí, leerlo de vez en cuando y robarle algo de esa labia tan llena de citas y sobresaltos que le han dado el calificativo de intelectual. Su verborrea recuerda lo que Tom Wolfe,